



Recebido em: 15/09/2022

Aprovado em: 05/10/2022

Publicado em: 30/12/2022

**EL AFUERA DESPUÉS DE LA PANDEMIA:
un camino en las lecciones del artesano heroico****THE OUTSIDE AFTER THE PANDEMIC:
a path in the lessons of the heroic artisan****O FORA DEPOIS DA PANDEMIA:
um caminho nas lições do artesão heróico**Claudia Arcila Rojas³**Resumen**

En descubrimiento y esculpimiento de los diseños hermenéuticos que permiten construir la obra narrativa, se busca descifrar, a través de este texto, la imagen del afuera como un camino para evocar los vestigios arcaicos que sirvan de insumo para la prueba del artesano heroico en el devenir de su viaje interior. En la oscuridad de este trayecto, los aprendizajes y resignificaciones favorecidos por el tiempo de pandemia, buscan levantar el escenario simbólico en la idea artesanal del cuerpo en escena y habitabilidad de otros sentidos y sentires frente a la vida. A través de la plasticidad metafórica recorriendo el vértigo enunciativo como profundidad de la memoria, se contempla y se comprende el abismo como un riesgo escritural donde reposan los secretos del mito que también son los ocultos del inconsciente. Conquistar esas herencias interiores será la señal de un despertar espiritual en el cual se conjugan las partes con el todo; se amplía la consciencia de una subjetividad plural que lleva sobre la obra del cuerpo un acumulado de voces legendarias que requieren ser escuchadas como legado heráldico de nuestra artesanía vital, de nuestra materialidad mutante por la vida. El cuerpo como oráculo del infinito siendo equipaje de un viaje que nunca culmina, aún desde la regresión reflexiva a las ideas de espacios y sentidos que levantaron trincheras con las auténticas memorias.

Palabras clave: Cuerpo. Artesanía. Afuera. Metáfora. Subjetividad

Abstract

In the discovery and sculpting of the hermeneutic designs that allow the construction of the narrative work, it is sought, through this text, to decipher the image of the outside to evoke the archaic vestiges that serve as input for the test of the heroic craftsman in the becoming of your inner journey. In the darkness of this journey, the learning and redefinitions favored by the time of the pandemic seek to raise the symbolic stage in the artisanal idea of the body on stage and the habitability of other senses and feelings in

³ Doutora em Filosofia e professora pesquisadora da Universidade de Antioquia, Faculdade de Educação, Colômbia; pertencente ao grupo de pesquisa "Somos palavras". E-mail: claudia.arcila@udea.edu.co / Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-4621-0866>



IΦ-Sophia

Revista eletrônica de investigação
filosófica, científica e tecnológica.

the face of life. Through the metaphorical plasticity going through the enunciative vertigo as depth of memory, the abyss is contemplated and understood as a scriptural risk where the secrets of the myth lie, which are also the hidden ones of the unconscious. Conquering these inner inheritances will be the sign of a spiritual awakening in which the parts are combined with the whole; the awareness of a plural subjectivity is expanded that carries over the work of the body an accumulation of legendary voices that need to be heard as a heraldic legacy of our vital craftsmanship, of our mutating materiality for life. The body as an oracle of infinity, being the baggage of a journey that never ends, even from the reflexive regression to the ideas of spaces and meanings that built trenches with authentic memories.

Keywords: Body. Craft. Outside. Metaphor. Subjectivity

Resumo

Na descoberta e escultura dos desenhos hermenêuticos que permitem a construção da obra narrativa, procuramos decifrar, por meio deste texto, a imagem do exterior como forma de evocar os vestígios arcaicos que servem de insumo para o prova do artesão heroico no acontecer de sua viagem interior. Na escuridão desta pesquisa, o aprendizado e as ressignificações favorecidas pela época da pandemia procuram elevar o estágio simbólico na ideia artesanal do corpo na cena e a habitabilidade de outros sentidos e sentimentos diante da vida. Através da plasticidade metafórica da vertigem da enunciação como a profundidade da memória, o abismo é contemplado e compreendido como um risco escritural onde se encontram os segredos do mito, que são também os segredos ocultos do inconsciente. A conquista dessas heranças interiores será o sinal de um despertar espiritual no qual as partes são conjugadas com o todo; a consciência de uma subjetividade plural que leva adiante o trabalho do corpo um acúmulo de vozes lendárias que precisam ser ouvidas como um legado heráldico de nosso artesanato vital, de nossa materialidade mutante através da vida, é expandida. O corpo como um oráculo do infinito é a bagagem de uma viagem que nunca termina, ainda de regressão reflexiva às ideias de espaços e sentidos que ergueram trincheiras com memórias autênticas.

Palavras-chave: Corpo. Arte. Fora. Metáfora. Subjetividade

INTRODUCCIÓN

Los silencios y la quietud que han dejado huella en la vida del ser humano, después de acontecida la imagen aterradora, desesperanzadora e incierta de la pandemia, se han levantado como pilares de un nuevo espacio y un nuevo tiempo que nos han convertido en los artesanos heroicos tentados por una nueva obra para pensar la vida; se trata de una conversión rememorativa en la cual, la heroicidad del artesano corresponde a la conjugación de “la alquimia y la magia antiguas en las esferas de las psicología profunda ” (ANÓNIMO, 1987, p. 17); es la encarnación de un ser legendario pero renovado por la intensidad de un acontecimiento que marca un antes y un después en la experiencia vital y su conexión con el mundo: “Es un *suceso* espiritual comparable al



nacimiento o a la muerte física. Es el cambio de toda la motivación espiritual y psíquica o, si se prefiere, la alteración completa del plano de la conciencia” (ANÓNIMO; 1987, p. 26). Enfrentar el escalonamiento apresurado de la muerte; vernos y sentirnos sometidos al encierro en medio de las medidas apresuradas por intentar vencer una amenaza invisible; experimentar la fragilidad atravesada por el desasosiego; desalojarnos de una cotidianidad en la certeza del otro, de su presente y de su presencia, incluso, la cotidianidad de la vida naturalizada en un esquema de responsabilidades y cumplimientos que declararon y decretaron la continuidad del sistema desde la intimidad del hogar, nos ha conducido a considerar el cuerpo como escenario de las actuaciones de la subjetividad que, desde el silencio y la quietud esculpiendo al artesano heroico, permite poner en el afuera los actos que nos constituyen como seres humanos dispuestos a poner en fuga nuestro interior, y a encontrar en esta experiencia la imagen o la artesanía que nos representa; el horizonte que convoca al tránsito interior en evocación de los arquetipos que nos devuelven la identidad de caminantes en creación y riesgo frente a la belleza capaz de desbordar la tolerancia de los sentidos.

En esta imagen, como materialización artesanal de un afuera en el cual “el pensamiento, en lugar de ser discurso de la contradicción o del inconsciente, deviene discurso del límite, de la subjetividad quebrantada, de la transgresión” (FOUCAULT, 1997, p. 10), se traza el itinerario de un recorrido que supone la vecindad con el abismo y su profunda oscuridad esculpida con las imágenes que después serán grafemas de una escritura enfrentado el silencio y las grietas que van descifrando los códigos de la vida. Ahora bien, el desplazamiento incierto sobre la movilidad metafórica de la cuerda, guarda un secreto maravilloso que teje sutil y enigmáticamente las lianas del quebrantamiento y la transgresión

[...] con ese misterioso mundo interior al que la psicología de lo profundo ha dado el nombre de “el subconsciente”. Es como sí, más abajo y más arriba del mundo visible, [...] hubiese otro, un mundo oculto, lleno de riquezas y de potencialidades, en el que no podemos penetrar sin el consentimiento de sus soberanos invisibles” (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 39).

Este movimiento teje pero también pone en devenir la existencia y el aparentemente incierto deambular en sus circunstancias. De ahí se entiende el



estremecimiento en el “Temor y el Temblor” (KIERKEGAARD, 2005) que supone el hecho de estar frente a los caminos del riesgo, ante el afuera y nuestro desnudamiento al sacrificio, en sensación y contemplación dramática de la finitud acechante; frente a las múltiples imágenes y acontecimientos que, aún con su completa aparición, devienen inevitable y necesariamente, como pulverizadas ruinas, las cuales, al ser fragmentos íntimos y profundos de la materialidad, están condenadas, de manera fatal, a manifestarse como superficie (ORTEGA Y GASSET, 1984).

De esta manera, el movimiento de la cuerda, del hilo lingüístico que también es el ciclo destinal, como plasticidad metafórica, constituye la vibración trascendental que hace del afuera una experiencia de apertura a lo interior; un portal de fuga para afrontar el monólogo íntimo con nuestras infinitas yoidades. De ahí que en la dialéctica hermenéutica se esculpe y se halla la materialidad narrativa que nos pone ante “El espejo y la máscara” (BORGES, 2000) para que juntos reflejen la imagen de una daga que guarda el secreto del morir para renacer, del perecer para dar lugar a una nueva expresión de la materia exponiéndonos al mundo en un permanente acontecer mutable ante los espacios que son recorridos sin la colonización del adentro; entre las fuerzas míticas de lo dionisíaco y lo apolíneo que retan al equilibrio entre los estrépitos y desbordamientos del carácter, que también son encumbramientos y desbordamientos del sentido, de las palabras y sus tentativas provocaciones, pues “sin tentación no hay progreso espiritual” (ANÓNIMO, 1987, p. 413). Por eso mismo, la daga es también el símbolo que intenta romper la cuerda, alterar el hilo que nos seduce al interior del laberinto; desafiar y descifrar los atajos del camino, cuestionando la arquitectura de entradas y salidas preestablecidas para encarnar el atrevimiento de indagar el silencio y la oscuridad del abismo; la profundidad del inframundo que recuerda los cantos de la risa y el llanto; el ritual del fuego donde experimentamos la certeza de ser el soñador y el soñado, el artesano y la artesanía; la madera de la selva, el lobo del bosque, la bruja del camino, la piedra de la montaña, el búho del árbol, la mariposa en el amanecer, la tormenta con sus desbordamientos donde el salmón también es el contracorriente del agua; el desierto con su inclemencia en el calor y en el frío, la tierra como memoria sagrada, la noche del afuera y el adentro. La certeza de ser una fracción de la inmensidad ofreciéndonos una idea del todo:



El mundo, la naturaleza, la aves, el río, las flores, la luna y el sol, los peces, las plantas, los bosques, las planicies, los perros, las luces, los colores, las estaciones, las ranas, los niños, los ratones, las libélulas no son sino variaciones de un único y mismo tema: el cosmos (ONFRAY, 2016, p. 381).

Y en ese afuera que somos, en esa totalidad que nos habita, poder desplegar lo interior, lo íntimo; dejar salir lo que ha estado oculto; vivir el afuera como una experiencia de sanación en la artesanía de sí mismo como otro, como pluralidad; como barro y ánfora de una memoria que nos va tejiendo; como hilo y trenzado de una evocación que nos va moldeando, que nos va cumpliendo como imagen para ser contemplada y comprendida desde todos los sentidos y sensibilidades:

[...] porque todo cuanto es interior se extiende afuera y adopta allí la forma de una imagen. Sí, en ese tiempo todo se vuelve imagen, y la esencia de la imagen es el estar toda hacia fuera, sin intimidad y, no obstante, más inaccesible y misteriosa que el pensamiento del yo íntimo; sin significación, pero solicitando la profundidad de todos los sentidos posibles (BLANCHOT, 1959, p. 20).

Se trata pues, de sentir y pensar el afuera después de la pandemia como el torrente sanguíneo de la vida que va dejando huella y memoria en los aprendizajes vertiginosos hacia el abismo de la escritura que también nos transforma en artesanos heroicos donando estas improntas como imagen y sonido en la voluntad del incansable retornar a las ideas o arquetipos que nos han dado origen y lo continúan dando desde el hilo que se mueve hacia “un crecimiento y a una nueva fase de la vida” (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 73); texto donde la sangre nos desliza en búsqueda del leer y el escribir con la evocación del espíritu”, (NIETZSCHE, 2000); es la hoguera, el fuego del altar corporal que alienta las travesías por la cuerda, sintiendo “la sangre viva, en fresco vigor” (GOETHE, 2000, p. 201), impulsando a emprender los caminos entre los fantasmas y las sombras que, desde el interior y el afuera, nos atraen a buscar la señal que conduce al arquetipo con el cual se “empieza el descenso hacia [nuestra] propia fuente”, (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 73); saltar de la cuerda que rige la dialéctica de la rueda de la fortuna, a la constelación de las ideas para recordar el trayecto de la finitud como portal de aprendizaje hacia la reminiscencia de lo infinito; hacia el retorno estético y, por lo mismo, divino, en ese territorio simbólico dotado de

**IΦ-Sophia**Revista eletrônica de investigação
filosófica, científica e tecnológica.

belleza, verdad y bondad; arcano dialéctico reconocido como “un heraldo de un profundo camino interior a través del cual [...] la imagen de nosotros mismos, poco a poco llega a ceder ante su propio destino”, (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 73).

Desde este mensaje, estamos llamados a pasar la cuerda en conciencia del precipicio como un afuera que, desde lo hondo de la noche, nos permite contemplarnos en la integridad como “*unidad* de la luz en la totalidad del pasado, presente y futuro, la *unidad* de la luz en Oriente, Occidente, Norte y Sur, la *unidad* de la luz en la magia, la gnosis y la mística” (ANÓNIMO, 1987, p. 429); la unidad en la extensión sagrada del cosmos donde todas las formas de la vida logran “unificarse con el ser primordial” (NIETZSCHE, 1977, p. 85); con la fuente pedagógica a la que retornamos para entender la lección como un aprender desde el recordar (PLATÓN, 1987); encarar, en suma, el trayecto y los aprendizajes de la transgresión como “la experiencia pura y más desnuda del afuera” (FOUCAULT, 1997, p. 16) donde el cuerpo se sabe en “el vacío y la indigencia, [...] irremediamente fuera del afuera. Lejos de llamar a la interioridad a aproximarse a otra distinta, la atracción manifiesta imperiosamente que el afuera está ahí, abierto, sin intimidad, sin protección ni obstáculo” (FOUCAULT, 1987, p. 16) en disposición para recibir nuevamente las marcas del tiempo, la errancia y el destierro de ese anciano Cronos compartiéndonos las reminiscencias en “la sabiduría de la soledad y el silencio” (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 68).

En la intención de trenzar el afuera con la simbología de la materialidad corporal y artesanal explorando nuevos sentidos que permitan pensar la vida ante el acontecimiento de la pandemia, se irá tejiendo esta hermenéutica que nos pone ante el intrincado camino de la memoria como trayecto hacia las lecciones del artesano heroico enfrentando las contingencias de su camino interior. El devenir de la escritura irá delineando esta travesía desde la vibración metafórica donde, a la manera de Zaratustra sobre la cuerda floja, se visitarán los territorios del mito para poner en narración los sonidos del origen y de la culminación que yacen en el corazón (CAMPBELL, 1990) en tanto orilla melódica que deja escuchar los ecos del inconsciente; los murmullos y lamentos que nos hacen testigos de unos nuevos escenarios de la agonía y de la muerte; un escenario:



[...] desordenado, contagioso, anónimo, de la epidemia; no se trata de una verdadera muerte, con fallecimiento y acta de defunción, sino de un osario confuso donde ya no se sabe quién es el enfermo y quién el médico, quién el guardián y quién la víctima, si es una prisión o un hospital, una zona inmunizada o una fortaleza del mal (FOUCAULT, 1997, p. 24).

Ante estos escenarios simbólicos, la hermenéutica narrativa busca descifrar las vibraciones ocultas del reino interior intentando revivir, a través del sendero evocador y desafiante de la escritura, las imágenes olvidadas que nos ponen en reencuentro con nuestro ser colectivo ante un afuera de espacialidades liberadas. Tejernos en lo plural, acercarnos a la fuente del misterio donde nuestros fragmentos sienten el magnetismo de la totalidad, estar dispuestos a que la oscuridad venza el ego, celebrar la vida después de haber estado ante el silencio y la quietud de la muerte, son las coordenadas del artesano heroico que regresa como un maestro después de haber hecho “una escuela completa e inestimable de meditación, estudios y esfuerzos espirituales; en suma, una introducción magistral en el arte de aprender” (ANÓNIMO, 1987, p. 27) para poder compartir los descubrimientos de su viaje trascendental, sin dejar de avistar las memorias de los espacios oficiales en sus entramados de control y coacción del espíritu.

DESARROLLO DEL TEMA

En los trazos iniciales de un camino, cuyas huellas invisibles buscan el afuera y su materialización estética y pedagógica en la experiencia de la utopía, se corre el telón para anunciar el cuerpo como artesanía en la imagen que refleja la concepción interrogativa de la formación. La apertura del guion revela el imaginario de unas subjetividades en pregunta por el origen, el presente y el devenir del viaje heroico, aunque estando en experiencia del presente con los horizontes y aprendizajes que hagan parte de este periplo; de los recorridos y descubrimientos que le dan lugar a la palabra, al silencio, al gesto y al acto de enseñar como un descifrar señales, y del aprender, como un apreciar y comprender esas señales en las travesías de la memoria. Ser aprendices dispuestos a evocar la vida de manera diáfana, amplia y plena, visitando la profundidad del historial mitológico que llevamos dentro (CAMPBELL, 1990) para encontrar, en la locura que es fuente de la sabiduría, (COLLI, 1977) los símbolos heráldicos



revelándonos “una imagen del misterioso impulso que tenemos dentro de arrojarnos a lo desconocido” (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 23).

Recibir el mensaje, sentir el llamado; escuchar la torre que se derrumba ante el enojo oceánico de Poseidón propiciando el “derrumbamiento de las viejas formas” (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 87) y permitiendo enfrentar el riesgo para iniciar el trayecto hacia las sombras y densidades de nosotros mismos; ponerle el rostro a los obstáculos y afrontar las fuerzas sombrías que salen a nuestro paso. En esta etapa del camino heroico donde somos artesanos de la nueva obra en nuestras vidas, entendemos la necesidad del vaciamiento de todas las concepciones, valores y apreciaciones que se habían concentrado en los espejismos de las apariencias; nuestros sentidos experimentan una especie de purificación que impulsa a desechar las imágenes pretenciosas de la prosperidad y la abundancia personal en aislamiento (CAMPBELL, 1990).

En este avatar se inicia la concepción artesanal de un cuerpo que también es testigo, testimonio y testamento de una historia que está esperando ser contada y escuchada. Es la laboriosidad artesanal que pone la mano en retorno a las materialidades que posibilitan puentes con el inconsciente y los vestigios del olvido desentrañando las ideas, los arquetipos y los arcanos que ayudan a sacar lo que está adentro: en los laberintos remotos de nuestra intimidad, en los cofres sellados con el miedo a descubrir las lecciones que deben ser aprendidas; la mano que vuelve a lo profundo para sentir el territorio placentario de la pedagogía como un acoger, como un abrazo que nos hace conscientes del caminar para regresar al hogar.

Es, pues, la epifanía pedagógica a través de la artesanía que nos integra como cuerpo en expansión de lenguajes, como retorno al hogar en el que se experimenta la temperatura de la hoguera con la imagen del fuego desde un afuera para aprender desde el recordar y, en esa medida, para meditar, pensar y reflexionar la salida de la caverna; el afrontar las sombras y fantasmagorías que han creado densidades con las cuales, muchas veces, tiene prevalencia la angustia, el malestar y la melancolía. Mirar y rasgar esos velos supone un acto de reconciliación, de humildad y de amor incondicional que nos hace pensar las pruebas del camino, el temblor sobre la cuerda, como una señal para persistir en la imagen de la utopía, entendida como otro afuera para el alivio; como un



poder mirar la noche sin sentirla lejana del amanecer; como un poder habitar el mundo sin las limitaciones del miedo; como un poder estar ante el silencio de lo infinito sin sentir que se agotan las palabras; como un poder caminar en medio de las incertidumbres sin desfallecer en la búsqueda evocadora de respuestas.

En estas expansiones y conjugaciones lingüísticas que permiten asumir el desafío de la memoria, la etapa de apertura al viaje del artesano heroico, permite imaginar el devenir de una subjetividad del maestro como obra, invitando a la construcción de sí mismo; al recorrido por el autodescubrimiento que pone en al afuera saberes y poderes ocultos; que abre las páginas del cuerpo como un palimpsesto biográfico e histórico capaz de contar “la tiranía de las aguas que suben, el reino de la humedad sospechosa, de las filtraciones, de los abscesos, de los vómitos (FOUCAULT, 1997, p. 25); un cuerpo integrado al territorio vital donde “las individualidades se disuelven”, (FOUCAULT, 1987, p. 25) para que la misma finitud anuncie el viaje donde “la vida se puede ver como una constante procesión de muertes, empezando por tener que dejar las aguas confortables del vientre materno y acabando con la dura realidad de tener que separarnos de la existencia física”, (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 80). No hay duda pues, que, en este texto paginado donde se contienen las geografías del viaje interior, “los cuerpos sudorosos se derriten contra las paredes”, (FOUCAULT, 1997, p. 25) siendo imagen de un afuera que pone al descubierto las interioridades humanas haciéndose sustancia de una nueva experiencia de retorno al sí mismo como otredad.

En este movimiento de palpitación metafórica se pone en escena el devenir de la artesanidad con el lenguaje, impulsando a liberar las subjetividades que han estado sujetas, reducidas o conducidas por prácticas enajenantes de producción y reproducción hegemónicas, concentradas en condenar la memoria en el sistemático centelleo publicitario donde el espacio es determinado y ornamentado con los eslabones ideológicos imperantes. Este panorama que puede ser descriptivo de las dinámicas capitalistas como síntesis de las sociedades divididas en clases y sus pasarelas civilizatorias, privilegia la razón instrumental e impone criterios argumentativos en una imagen débil e incluso reduccionista en su carácter calificativo sin un claro enlazamiento de lo humano en sus filamentos místicos. De ahí que, los primeros pasos



del viaje constituyan un ideal que pone en movimiento las potencias epistemológicas críticas, creativas y propositivas que el suceso hermenéutico narrativo demanda en una especie de génesis formativa que concibe el aprendizaje como un acto emancipatorio que, incuestionablemente, plantea un compromiso político de nítida posición ética, para lo cual el conocimiento orienta las acciones como un fuego cada vez más extenso en sus llamas: “El progreso de las luces es el que ensancha el progreso de la práctica, y la rectitud del espíritu es la que ensancha el progreso de las luces”, (BOLÍVAR, 1971, p. 116). Pero, sin ser suficiente esta aseveración, la travesía en su iniciación “exige constantes esfuerzos del pensamiento y la imaginación combinados para pensar, meditar y contemplar en símbolos”, (ANÓNIMO, 1987, p.354), lo cual requiere “una escuela práctica de la imaginación, a fin de que esta pueda tomar parte, en condiciones de igualdad, con el pensamiento”, (ANÓNIMO, 1987, p. 359).

De esta manera, el iniciado en el viaje trasciende este binarismo epistémico para integrar en sus presupuestos vitales y pedagógicos la idea de la unidad la cual, vista desde el territorio de las convergencias humanas, permite sentirnos como una constelación que sirve “de lazo, de centro, de emporio a la familia humana; [...] enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro; [...] distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; [...] comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza, (BOLÍVAR, 1971, p. 123).

En igual sentido, este trascender desde el paso iniciático hacia el ritual del viaje, al aperturar la comprensión de la dimensión simbólica de lo humano que se reconcilia, a través de los ritos de ingreso, con la emoción y su afluyente de disposiciones a los actos de la razón, permite restablecer la relación con la vida como una escuela de meditación y de fuerza espiritual en tanto antesala sublime en el arte de aprender. Este aspecto es de relevancia y abre posibilidades muy fértiles que pueden resignificar las aspiraciones y las posturas pedagógicas en alianza con las emociones que pulen la escucha como gesto de lo que se espera, como añoranza de lo que está por venir. Poder escuchar el canto enigmático que viene de lo profundo del silencio; de la muerte y del renacimiento; el canto de las sirenas que también es la voz de lo que está por aprenderse:



Su música es todo lo contrario de un himno: ninguna presencia brilla en sus palabras inmortales; sólo la promesa de un canto futuro recorre su melodía. Y seducen no tanto por lo que dejan oír, cuanto por lo que brilla en la lejanía de sus palabras, el porvenir de lo que están diciendo. Su fascinación no nace de su canto actual, sino de lo que promete que será ese canto, (FOUCAULT, 1997, p. 27).

En esta búsqueda de transformación interior, como pretensión inaugural del viaje heroico, se unen las rutas poética y mágica para convertir el gesto iniciático en experiencia de belleza a través de acontecimientos que comunican al sujeto con sus emociones, intenciones y actuaciones desde horizontes para concebir la escena transgresora, capaz de cuestionar la mercantilización de lo humano para darle apertura a una razón sensible, expresiva y comunicativa de principios rectores del carácter vital de la existencia.

En el precedente de esa percatación y descolocación humana, se arriba a los rituales de paso a través de los panoramas filosóficos que, en diálogo con la literatura y la pedagogía, le otorgan contundencia al planteamiento escénico como acontecimiento rememorativo de una impronta vivencial que convoca a pensar el lenguaje como una vía para el encuentro renovado del sujeto con el mundo, con su historia y con sus proyecciones. Para esta instancia, la reivindicación de la sonoridad y la vibración metafórica, logra poner en acto una imagen de autenticidad que permite relación con los eventos de apertura en tanto posibilitadores de una experiencia más profunda con la obra del pensar en las fuentes del lenguaje y, de esta manera, trascender a definir pilares de una nueva concepción existencial. También se podrá despejar la idea artesanal de la metáfora y su participación en la artesanía corporal que inicia la transformación en un trenzado con los acontecimientos formativos en clave de las nuevas configuraciones de sentido que pueden evocarse. Será pues el camino para profundizarse en el nutrimiento discursivo desde el cuerpo integral, en esa materialidad envolvente que también es la artesanía donde *“las Moiras hilan, miden y cortan”*, (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 70) en un trenzado que está *“relacionado con la trama de los tejidos del cuerpo que tienen lugar en el útero, sugiriendo de este modo que el destino está sujeto a la herencia y al propio cuerpo”*, (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 70), cuya espacialidad lingüística es la morada y la premisa que hace posibles los



aconteceres de la imaginación y el pensamiento y sus fuerzas estéticas para la construcción de sentidos que, en el caso de la metáfora, constituyen una experiencia creadora de nuevas dimensiones del nombrar y del conocer y, por consiguiente, del habitar el mundo a la luz de consideraciones trascendentales que hacen posible el rito iniciático y el rito de paso como trayectos pedagógicos vitales, donde el artesano heroico se sabe en compromiso con la vida, después de los embates de la muerte, gracias a los cuales “ha logrado la armonía y el equilibrio entre la espontaneidad de lo inconsciente [...] y la acción pretendida de lo consciente” (ANÓNIMO, 1987, p. 43)

En este sentido, la pandemia y el profundo sentimiento de incertidumbre y desasosiego que nos dejó como dimensión humana, nos ha impulsado a integrar el ceremonial iniciático y su apertura a las pruebas del camino, en las circunstancias vitales como disposición al acto amoroso con la sabiduría, lo cual significa conferirle a la reflexión por la vida y su devenir formativo, un compromiso con la transformación del sujeto desde el retorno a la mística del espacio y de los diferentes escenarios que fungen como posibilitadores y posibilidades de aprendizaje.

En este acontecimiento se destaca la importancia del vínculo entre el sujeto y sus circunstancias como efecto de una comunicación fundamentada en la escucha y la contemplación del otro en tanto alteridad en percatación de su propia vibración vital y por ende, de su propia potencia para hacer acto sus construcciones de pensamiento. Por ello, pensar gracias a la habitabilidad del lenguaje (HEIDEGGER, 1972) supone poner en escena el guion con el cual el pensamiento palpita ininterrumpidamente con las vibraciones de la imaginación para trazar la artesanía en proyección de lo humano. Tener conciencia de esta facultad constante en los tránsitos formativos, constituye la matriz para renovar el ideal iniciático que abre la ruta al trayecto interior en tanto ceremonia en la cual el pensamiento se conjuga con las emociones, las sensaciones, las intuiciones, los instintos, las especulaciones, la imaginación y los diferentes estímulos provocados en las espacialidades ceremoniales. Indudablemente, la inspiración iniciática y sus tránsitos rituales, pueden movilizarse a través de estos escenarios en hermenéuticas narrativas que representan un poderosísimo acontecimiento evocador en reivindicación de la palabra como fuente primaria de las materializaciones estéticas, éticas, políticas y epistémicas con las cuales se fortalecen nuestras experiencias



formativas. De esta manera, la acción reflexiva del sujeto supone el desafío de afrontar nuevos relatos para ser enunciados desde todo el potencial creativo y reinventivo del ser humano en travesía y trascendencia de tiempos y circunstancias difíciles.

De esta manera, la referencia al afuera después de la pandemia, relata la posibilidad de contemplar toda la fuerza del camino como ruta de encuentro con los paisajes de la experiencia y configuración de nuevos tramos y tramas para el aprendizaje y, de esta forma, el sumergimiento en la profundidad semántica y vivencial de una pedagogía mística que actualiza los pilares jónicos de la intuición y el arrojo, redescubriendo, a través de la memoria, en tanto movimiento del acontecimiento que inspira el llamado, la potencialidad del pensar y del hablar dentro de una relación estrecha con la capacidad de contemplar y, así mismo, con la misión constructiva de llevar la metáfora a ser el molde reflexivo desde las orillas y grietas del lenguaje.

El trayecto por los rumbos inconclusos del afuera: un vibrar en las superficies metafóricas hacia la profundidad de nuevas inquietudes

En el paginado vital de nuestros cuerpos acontecen las posibilidades de la belleza de maneras diversas y envolventes con las realidades humanas. La belleza desde los tonos lúgubres que rememoran el dolor, los pesares y los lastres que han impedido o prolongado la experiencia del amanecer; la noche en la belleza de las pesadillas y de los trances que extravían la vigilia, que reconcilian con el delirio. La belleza también desde los tonos vitales emisarios de salud, bienestar, libertad, gozo, nuevos descubrimientos que exacerbaban el placer de los sentidos. De esta manera, la fuga desde la metáfora vital y desde las voces y travesías por la intimidad, compone la entrega a estos estados de belleza que rompen los sometimientos a las enmascaradas de la civilización y a los embelesamientos ideológicos que hacen válida y necesaria la posibilidad creativa de nuevos espacios trazados por el filamento metafórico que renuncia a cualquier “visible propósito doctrinal o tono paródico”. (BORGES, 1989, p. 834)

En esta perspectiva, el derecho a la fuga está en estrecha relación con las manifestaciones de la vida desde la soberanía del deseo en renuncia a las cadenas que han amputado el significado de la voluntad, de la fuerza conquistada como aprendices de las circunstancias en su despliegue embriagante de sensibilidades y, por ello mismo,



en la conciencia delirante como deber de la pedagogía del crear: “Solo debéis aprender para crear” (NIETZSCHE, 2000, p. 180). Esta es la lección con la cual Nietzsche concede una voz que inaugura la causa hacia la vida como un viaje estético contenido en los diseños íntimos de lo trascendental; ese viajero que, con su sombra, declara la transgresión como acto puro ante el afuera y sus revelaciones. De ahí la posibilidad del afuera que nos permita fantasear con un lenguaje que pueda “exhibir un mundo que no sea demasiado incompatible con el mundo real” (BORGES, 1989, p. 841).

La vida que se anuncia como un continuo nacimiento en descubrimiento del presente en esas espacialidades diseñadas metafóricamente: la posibilidad de la contemplación de lo renovado desde la escritura en despliegue de imágenes que nos acogen; de lo que parece ofrecerse por primera vez a los sentidos y, por eso mismo, de lo que no puede ser nombrado por fuera de la narración, en cuyos dominios, el ensanchamiento simbólico, en su trenzado entre retórica y filosofía (GRASSI, 2015), le da autoridad a lo simbólico como auténtico lenguaje arquetípico, en el cual:

La metáfora está a la base de nuestro mundo humano. En la medida en que la metáfora tiene sus raíces en la analogía entre cosas diferentes y hace que esta analogía salte inmediatamente a la “vista”, hace una contribución fundamental a la estructura de nuestro mundo” (GRASSI, 2015, pp. 40-41).

En estas voces primigenias se manifiestan alegorías de entrañable contenido vivencial: “son auténticos símbolos, es decir, operaciones mágicas, mentales, psíquicas y morales que evocan nuevos conceptos, ideas, aspiraciones y sentimientos, lo cual significa que exigen una actividad más profunda, que la del estudio y explicación intelectuales” (ANÓNIMO, 1987, pp. 25-26).

Desde este rumbo, la artesanía corporal recorriendo y habitando el afuera que bien podría representarse con “la Noche de las noches [en la cual] se abren de par en par las secretas puertas del cielo y [en la cual] es más dulce el agua en los cántaros” (BORGES, 1989, p. 833) se nos presenta como un antídoto frente al cansancio del mundo esquematizado en definiciones que se encargan de estandarizar una historia de la mismidad. Por ello, en las condiciones del tiempo y el espacio, como dimensiones preliminares del ser, el estar y el aparecer en el mundo, en vista de que se ha diseñado toda una iconografía política, conforme a la cual se reflejan las versiones hegemónicas



de cada momento histórico con el prototipo del ser humano que responde a sus requerimientos, nos resulta apetecible un trenzado metafórico en el que abunden “los sistemas increíbles, pero de arquitectura agradable o de tipo sensacional” (BORGES, 1989, p. 836); nos someteríamos a esta experiencia y más aún, después del desastre y la confusión de un enmarañado tiempo de pandemia: “¿Cómo no someterse a Tlön, a la minuciosa y vasta evidencia de un planeta ordenado?” (BORGES, 1989, p. 841).

Así pues, fugarnos, como lo ha demostrado la literatura y el mismo devenir histórico, es un esfuerzo, un derecho y continúa siendo un camino para reconciliarnos con el afuera desde un trayecto retrospectivo que nos impulse a desatarnos, también, de los lastres de la memoria que no hace parte de nuestros repertorios e itinerarios legendarios.

Desde este horizonte, caminar las imágenes que enclaustraron el espacio, desde la Grecia Clásica en su perspectiva ontocéntrica del mundo, significa identificar el lugar humano desde el avistamiento de las preguntas por el origen de la materia; estímulos pensados en armonía con los elementales de la naturaleza a través del esplendor arquitectónico evidenciado en templos, coliseos y escenarios de tertulia para la disertación intelectual como parte del fluir de las ideas que generaron la visión occidental del mundo.

Este criterio de la antigüedad clásica, guiado por “la unidad básica de la multiplicidad de los fenómenos del mundo” (ANÓNIMO, 1987, p. 35) nos permite recorrer la imagen del Medio Evo, con su visión teocéntrica en toda la monumentalidad gótica sintetizando el primer versículo de la *Tabula smaragdina*: “Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo, para realizar los milagros de la unidad” (ANÓNIMO, 1987, p. 36). En esta analogía, ha palpitado la voz teológica diseñando el plano para la conexión con lo divino en la manifestación de espacios y tiempos concebidos como valles de tránsito hacia la realización suprema; espacialidades y temporalidades lúgubres elevadas en formas empinadas y dirigidas en puntas de ascensión a lo alto.

Desde este umbral hasta el tránsito por el renacimiento, se contempla la actualización de la belleza griega mediante la creación artística, desde la cual se propuso una perspectiva glotocéntrica en despliegue de múltiples lenguajes para nombrar la



realidad a partir de puntos de vista diversos. Espacios y tiempos imaginados como museos en un espíritu barroco que indicaba, a través de los detalles, las múltiples aristas de una obra, de un fenómeno, de un acontecimiento. El ser humano, entonces, ante una constelación que reflejaba la magia y el orden del mismo cosmos, encontraba la manera de “restablecer la libertad de ver, oír, andar, vivir, ir tras el ideal y ser de veras uno mismo” (ANÓNIMO, 1987, p. 84).

Por su parte, el devenir hacia la Ilustración, en su connotación como siglo de las luces, se dirigió a una idea guiada por la visión antropocéntrica que posicionó al ser humano como soberano de la creación. La razón instrumental diseñó rutas para el fluir de las aspiraciones tangibles inspiradas en la prosperidad otorgada por las mercancías; aperturar relaciones que superaran las fronteras para la circulación del capital y de los bienes que el capitalismo pone en formas de producción cada vez más aceleradas.

En este fenómeno ininterrumpido de pensar el espacio, el tiempo, y al hombre como actor en ellos, se van trazando las condiciones más propicias para cumplir los propósitos de cada época, llegando a “una visión que es en sí misma mecánica y cosificada de la existencia, concebida como un material que podría ser modelado y adaptado según los obstáculos y las necesidades exteriores” (DELORY-MOMBERGER, 2015, p. 69).

Ante estas prioridades y precariedades geopolíticas que han determinado la imagen del ser humano en el mundo, dentro de moldes y modales para la ovación y el reconocimiento, se declara el vínculo con el vacío para recordar el “alma [que] se entrega completamente, y no pretende que se lo agradezcan ni que le devuelvan nada, pues se entrega siempre y no quiere conservarse” (NIETZSCHE, 2000, p. 16). De esta manera, y muy a propósito del acontecimiento compartido de la pandemia, se eleva la vibración de un tiempo que reclama la paz como “unidad en la diversidad” (ANÓNIMO, 1987, p. 3257); el tiempo para volver a las escrituras míticas del abismo en el riesgo de enfrentar los acantilados del inconsciente; el secreto que nos confiesa el tejido de las partes y el todo siendo integradas en la armonía que devuelve complacencia en la contemplación de los tonos:

Los colores vivos del arco iris que aparecen sobre un fondo de nubes son la manifestación visible de la idea de la paz, porque el arco iris nos hace ver la unidad de la diversidad de los colores. Ante nuestros



ojos desfila la familia entera de los colores, como siete hermanos que van cogidos de la mano. (ANÓNIMO, 1987, p. 257).

Por todo ello, en la certeza del dolor vivido se pone en incertidumbre el rostro y el cuerpo de aquel mortal que no se había enfrentado a su trayecto de héroe: ¿Quién soy ahora? El errante que se mueve en su intimidad desconocida; el héroe que asume las travesías de mayores riesgos; el que mira dentro de un bosque de múltiples profundidades: acantilados mentales, abismos emocionales, vértigos de trascendencia, trances y trastornos corporales. Estar dentro de la mismidad hacia el encuentro de esos muchos otros que también permiten el reconocimiento en la vacuidad de ser; en el desvanecimiento de toda mismidad y otredad; simplemente en el derecho a desaparecer como si fuéramos imágenes de “una fuente invisible [...] que se manifiesta solo a través de la sensación, la intuición y el mundo nocturno de los sueños” (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 40). Borges deja huellas de este trayecto de evocaciones, a través del arduo camino que a veces convoca a pensar o desear ser inmortales desde la inmanencia de lo inmediato, desconociendo el bálsamo de la finitud que hace consciencia del dolor y del desgaste.

Sin duda, después de experimentar la herida queda una cicatriz que no traiciona el recuerdo y la alegría de saber la mortalidad para trascender en la inmortalidad que pone en secuencia de lo otro y de la nada: “Nadie es alguien, un solo hombre inmortal es todos los hombres. Como Cornelio Agrippa, soy dios, soy héroe, soy filósofo, soy demonio y soy mundo, lo cual es una fatigosa manera de decir que no soy” (BORGES, 1995, p. 27).

Ahora bien, la fuga que pone nuestras interioridades en el afuera, como un viaje por los caminos del riesgo, es el trayecto que no excluye el mundo fenoménico de las contradicciones ni de las incomprensiones. Por el contrario, es una ruta donde “el dolor, la contradicción son el ser verdadero” (NIETZSCHE, 2001, p. 58) que intenta ser negado por el adentro civilizatorio enmarcado en protocolos de soberbia e impotabilidad; rigidez y solvencia de sobriedad. Justamente la fuga representa la posibilidad de “comprender el mundo en su profundidad [lo cual] significa comprender la contradicción” (NIETZSCHE, 2001, p. 58) como balanza de las acciones; como movimiento que, en la dinámica de la rueda de la fortuna donde “las tres Parcas urdían



el hilo de una vida humana en la oscuridad secreta de su cueva,” (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 70) establece los tiempos propios del fracaso y del error; del triunfo y los aciertos; tiempos que también permiten reconocer y aprender de las tinieblas y del resplandor; del amanecer que tiene origen en las entrañas nocturnas de las pesadillas donde las tres diosas del destino: Cloto, Láquesis y Atropos, “están dentro de nosotros, hundidas en el vientre del subconsciente” (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 73).

No en vano, en el trayecto que decide renunciar a la realidad impuesta por la civilización y a sus muy variadas formas de sometimiento, se entiende la marca dejada por la experiencia del dolor y su avalancha trágica como movimiento intenso para alimentar el deseo de conocer el mundo desde el aliento para trascender, reconocer, comprender y conocer la profundidad de la vida que también implica, como las diosas de la rueda de la fortuna, descender a “las profundidades de la Noche, que era el poder más antiguo del universo” (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 71). Por todo ello, “el mundo merece ser conocido; el triunfo del conocimiento retiene en la vida” (NIETZSCHE, 2001, p. 53), toda vez que permite desafiar la impotabilidad y darle apertura a la vulnerabilidad, pues conocer es despertar en la sensibilidad frente a lo que acontece y de esa manera, poder reaccionar y reflexionar desde una nueva mirada que descubre el rostro místico del mundo.

En este sentido, la belleza es portadora de la verdad y la bondad que desborda los cánones hegemónicos del adentro; las regulaciones, controles y protocolos con los cuales la civilización ha encasillado la vida. La belleza con la verdad y la bondad del afuera que ostenta su encanto en la naturaleza; el afuera al desnudo, muriendo y renaciendo para superarse en una transformación más asombrosa, la apariencia reiterada del ser que empieza a indagar otras fuentes de satisfacción. Se trata, entonces, de forjar en el ser humano un potencial creador como acto de la mirada en transmutación y transgresión, a espejo de las imágenes que la memoria plasma.

En este lenguaje de luminosidad y turbiedad, el mar y el cielo se unen mediante la cuerda metafórica que pone el nacimiento de la tempestad, sus colores y deslizamientos brindándole al artesano heroico la maestría de entonar el grito que anuncia la llegada del último silencio en la embriaguez que hace del ser humano la obra



misma. En este retrato de la vida que está reclamando para sí la movilidad de lo finito, se va liberando el silencio recogido entre las rugosidades que ponen la existencia para ser descubierta, contemplada y apreciada en la mirada. Poder ver lo que se es a través de esa obra que ha tenido origen en la mutabilidad de la materia como aparición de aquello que desmiente la primacía de la idea sobre el acto; la vida, en tanto tejido de “un plan inteligente y ordenado” (SHARMAN-BURKE Y GREENE, 1998, p. 72), es la potencia de lo que la manifiesta en la transmutación y transgresión permanente de la materia en su afuera vibrante de vida.

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO. **Los arcanos mayores del Tarot**. Barcelona: Herder, 1987.
- BLANCHOT, M. **El libro que vendrá**. Caracas: Monte Ávila Editores, 1959.
- BOLÍVAR, S. **Escritos políticos**. Madrid: Alianza Editorial, 1971.
- BORGES, J. **El espejo y la máscara**. En: *El libro de arena*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.
- BORGES, J. **El inmortal**. En: *El Aleph*. Ecuador: Editorial Hermes, 1995.
- BORGES, J. **Tlön, Uqbar, Orbis Tertius**. En *Ficciones. Obras completas, Tomo I*. Argentina: Alianza Emecé, 1989.
- CAMPBELL, J. **El viaje del héroe**. Estados Unidos: Editorial Harper Collins, 1990.
- COLLI, G. **El nacimiento de la filosofía**. Barcelona: Fábula Tusquets Editor, 1977.
- DELORY-MOMBERGER, C. **La condición biográfica**. Ensayos sobre el relato de sí en la modernidad avanzada. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2015.
- FOUCAULT, M. **El pensamiento del afuera**. Valencia: Editorial Pre-Textos, 1997.
- GOETHE, J. **Fausto**. Bogotá: Panamericana Editorial, 2000.
- GRASSI, E. **Retórica como filosofía, la tradición humanista**. Anthropos, 2015.
- HEIDEGGER, M. **Qué significa pensar**. Buenos Aires: Ed. Nova, 1972.
- KIERKEGAARD, S. **Temor y Temblor**. España: Alianza Editorial, 2005.



IΦ-Sophia

Revista eletrônica de investigação
filosófica, científica e tecnológica.

- NIETZSCHE, F. **El nacimiento de la tragedia**. Madrid: Alianza Editorial, 1977.
- NIETZSCHE, F. **Estética y Teoría de las artes**. Madrid: Editorial Tecnos, 2001.
- NIETZSCHE, F. **Así habló Zaratustra**. Madrid: Editorial Gredos, 2000.
- ONFRAY, M. **Cosmos**. Argentina: Editorial Paidós, 2016.
- ORTEGA Y GASSET, J. **Meditaciones del Quijote**. Madrid: Cátedra, 1984.
- PLATÓN. *Menón*. **En Diálogos**. Volumen II. Madrid: Gredos, 1987.
- SHARMAN-BURKE, J. GREENE, L. **El Tarot mítico**. Madrid: Editorial EDAF, 1998.